

De una cierva llamada Miriel y el parque de las endrinas

PRUDEN TERCERO NIETO



Capítulo 1

De una cierva llamada Miriel y el parque de las endrinas

My heart's in the Highlands, my heart is not here,/ My heart's in the Highlands a-chasing the deer-/A-chasing the wild deer, and following the roe;/My heart's in the Highlands, wherever I go."

Robert Burns

1

En esta ocasión, mi pequeña, te voy a trasladar a una herida de verdura en la tierra; a un lugar que recibe el nombre de las bayas azules que da el endrino; a un lugar donde los verdes menudean en diferentes tonos como si en una parte fuera al mediodía, en una parte recién amanecido, o en otra parte la verdura se echara su edredón de noche para ir a dormir... Este sitio, mi guardiana de acordes, no es otro que el parque de las endrinas o Páirc Náisiúnta Chill Airne al suroeste de esa tierra fértil o Mamá buena que es Irlanda...

Mas dejémonos de prolegómenos porque nuestra pequeña Miriel está pronta para venir a la vida...

La lluvia cae torrencialmente hiriendo con su voluptuosidad rosas digitales, rododendros y pendientes de la reina. Unos ojillos de cierva adulta apagan su luz definitivamente, mientras otros ojillos, húmedos aún, amanecen abriéndose paso por las entrañas cálidas de la madre. Su pequeño corazón recién amanece para amar, para vivir, para compartir con ansia...

Su mamá Keithla la había bautizado mientras aún se encontraba en sus entrañas, Miriel, que significa en el lenguaje de los animales, salto del cielo... Cuando orgullosa alcanzaba su mamá el mirador desde el que podía contemplarse el espléndido lago Lough Leane, atezado por azulones, cisnes y garzas, sentía cómo su bebé hacía intento de propulsarse con sus patitas.

La lluvia cubre el viscoso cuerpo de nuestra rojiza cervato intensamente. Miriel hociquea el cuerpo de su madre sin recibir respuesta de ningún tipo. El cuerpo que Mamá naturaleza había ido preparando con cariño, con ternura, casi mágicamente para amamantar y acariciar con ternura el cuerpecillo recién nacido de su retoño se había roto durante aquella noche al traerlo al mundo, ayayay.

2

Tejeras y endrinas, junto a algún que otro roble, parecen en medio de aquel aguacero trenzar unos brazos bien fuertes para que el rugido de la tormenta, mi enamorada de mamá naturaleza, no dañe a nuestra recién nacida Miriel.

Fenris, que así se llama el zorro rojo, olisquea en vano el cielo para hallar el rastro de la cierva y de su retoño. A pesar de la huida de su presa y acalambrado aún por las heridas y la pelea con la cierva, no puede evitar dejarse llevar por cierto sentimiento de orgullo. Mamá Naturaleza, él asiente con confianza ahora, guía a las hembras parturientas a lugares resguardados para dar a luz a sus crías... La cierva, una hembra embarazada y pronta a dar a luz, trémulos los rayos de sol entre secuoyas y tejos, se conducía a pequeños pasos acompañada por sus demás hermanos y hermanas ciervas. Fenris, con la sabiduría de la especie, y sabiéndose un depredador pequeño, había sabido ser paciente al esperar que ésta se separara por fin de su familia.

Fenris no sabrá nunca si fue por las quebradas de nubes que se acercaban por el oeste, con su hervidero de cirros y nimbos, consiguiendo cambiar la dirección del viento o fue la genuina intuición de mamá cierva lo que lo delató. Cuando inició el ataque no se encontró a una víctima sorprendida...

3

Pinzones, grajas y zorzales habían arrancado, tibiamente, debido a la lluvia, con graznidos y piidos el crepitar del atardecer sobre la cierva quien justo preparaba un lecho cómodo para ella y la hija que había de nacer... Los calambres del inminente parto asaeteaban el cuerpo de la cierva quien, debido al cambio en la dirección del viento, reconoció el olor próximo de un depredador sediento de su sangre y la de su pequeña...

Keithla, con toda la fuerza que da el saberse madre y querer defender a su hija, embistió a Fenris quien salió despedido dando grandes alaridos. Éste, con el lomo herido por las piedras agudas que anunciaban el precipicio, volvió sobre sus patas para reiniciar el ataque. Keithla, para su sorpresa, lo estaba esperando, y bufando en el suelo estruendosamente se echó sobre él que pudo apartarse. Fuera de sí, buscó casi sin vista, la sangre le chorreaba por la cara, el olor de la cierva pudiendo agarrarse a su cuello con sus colmillos, pero Keithla volvió a sacárselo de encima y salió huyendo de aquel sitio, gravemente herida... Fenris, perdida su presa nuevamente, se desmayó...

Con las últimas fuerzas que le quedaban y, a media milla de donde la pelea con Fenris, en un pequeño claro detrás de un atado de hayas, dio a

luz a su cervato hembra.

4

El rumor del lago Lough Leane, o lago del aprendizaje y así habría de ser en este relato, mi pequeña, timbra, una vez acabada la lluvia pertinaz y arropadora, con sus hebras de azulones y cisnes, el prado donde la pequeña cría aún se agarra al cuerpo aún tibio de la madre...

El viento descendiendo del alto mirador, mientras prorrumpe suave la alborada entre la niebla y la pertinente lluvia, cual una madre que subiera la persiana y abriera de par en par las ventanas, para que se iluminen tejuelos, bayas, arbustos o rododendros, acacias y hayedos, etc., parece, mi pequeña, achuchar a nuestra pequeña con pequeños y acuciantes empellones.

La cervato cree incluso escuchar la voz de su madre, atrayéndola, llevándola lejos: "Mi Miriel, ven. No puedes quedarte más tiempo ahí. Si lo haces, el zorro que nos agredió te localizará y se vengará en ti...". Mueve sus débiles patas aún torpemente y se va incorporando a duras penas. El viento de poniente, donde las hadas o dríades de esta tierra sagrada tejen sus cortinajes naturales de protección para los pequeñuelos recién nacidos a la vida, parece darle nuevas fuerzas para afrontar sus primeros pasos.

La tierra mullida por la hierba y entretejida de oro rojizo por los pendientes de la reina remansan reses de ovejas y algún que otro gazapo que asoma tímidamente por las que nuestra pequeña Miriel trastabillea sus primeros pasos. Algunos, con su lenguaje ovejuno o conejo, le preguntan cuál es su nombre. El latido de Miriel sale tímidamente de sus labios recordando cómo su madre la había llamado así.

Nuestra pequeña, que sin darse cuenta ha seguido el sendero que tantas veces recorrió con su madre a lo largo del lago, se tiende a su orilla una vez más y sin poder evitar que unas lágrimas broten de sus ojos humedeciendo su lecho cálido y fresco donde estrellas y luna murmuran tiernamente con voces y arrullos gaélicos.

5

El sol hiere con sus dedos de luz, a los que este lugar sagrado no está tan habituado, las copas bien altas de tejos y hayedos. Garzas y abubillas prenden su vuelo de lozanía y de primavera. El lago cuya belleza parece no tener fin multiplica por mil los cristalitos de luz que recibe sonrojando aún más el valle y pintando aún de rojo más intenso las agridulces endrinas que nuestra pequeña ha aprendido a comer.

Todos los días le parece escuchar esa voz interior, su melodía, en el rumor del lago, en los pequeños graznidos de aves, en el rumor de las hojas de

los árboles, de setos y arbustos; en el balido de las ovejas, en la risita eterna de los gazapos, en la llamada misteriosa de las lechuzas, etc. Keithla, con esa voz que presentía en su interior antes de nacer, parece entregarle una enseñanza cada día. Las hojas de arbustos con que dar fortaleza a sus patas. Las agridulces endrinas con que ayudarle a evacuar. Las bayas del tejo con que tomar vitamina para el crecimiento. Los lugares más adecuados para sestar y huir así de los animales que se alimentan de cervatos...

Al final del día, con el rumor o nana que tejen endrinas, robles y alisos que se han sumado a su trayecto, sólo le queda arrojarse con el murmullo del lago, con esos hociqueos que alguna vez sintiera en las entrañas de Keithla...

6

El lago que parece construir con el cielo retratos que quedan en su retina para siempre; el lago, cuyos diferentes sonidos a lo largo del día, cincelan los latidos que en su pequeño corazón se visten de otoño, de invierno y de primavera...; el Lough Leane que se recuesta al lado del viejo castillo de Ross enreda sus dedos de agua en este día donde Miriel tras el rumor de arbustos, quebradas y unas pequeñas piedras pertenecientes a la vieja abadía, descubre un grupo numeroso de seres vivos como ella.

La alegría, su risa interior, crece desde su hociquillo hasta sus patas y su pequeño rabito... Una cierva adulta, como ella recuerda a su mamá, se dirige a ella. Su nombre, como el arrullo de la noche, como una plegaria, Lyaira. Pronto reconocerá esta cierva adulta, con la certeza que sólo da Mamá Naturaleza, a aquel cervato como hija propia.

Había comenzado la vida familiar de nuestra cervato. En la nueva manada, Miriel crece con un cariño especial por los más pequeños. La naturaleza, que extiende sus dedos de verdura y copas de tejos y endrinas alrededor, no posee secretos para ella. Todo rumor, todo crecimiento, todo silencio posee un significado que entiende con la urgencia y la necesidad que da la vida en el bosque.

Keithla, o el recuerdo de su madre, late trémulo cada vez que da de beber a las crías con el agua que pacientemente ha mantenido en la boca con el agua del Lough Leane. El alma se le inquieta cada vez que un cervato ha sufrido una herida y ella acude rauda a curarla con su rasposa lengua. Conoce el nombre, el espíritu, la savia, el latir de cada uno de los cervatos de la manada. Para ella todos son pétalos de la misma flor. Rayo veloz, Aurora herida, Húmeda pradera...

Todos son nombres que ella, conforme el cielo extiende su red de estaciones y latidos que llegan incluso a la explosión de campanas en la iglesia de Kellarney lago, se convierte en adulta, ama con cada latido de

su voluntad y a quienes se compromete a educar en sus primeros pasos en la vida. Cada sonido de Mamá Naturaleza, el aletear de aves, el hociqueo de los gazapos, las propiedades de las plantas, etc... son lecciones que cada cervato aprende a reconocer con nuestra Miriel.

Al iniciar los cortinajes del nuevo día y sus rumores, sale con los cervatos y no vuelve sino hasta cuando la vegetación comienza a exudar su humedad ante la nueva noche. Ellos y ellas crecen con los sonidos del agua, en su discurso y en su somnolencia, con los sonidos de las aves diurnas y nocturnas, con la dirección del viento, y su cuidado a no ponerse en medio del viento de poniente... Claro que cometen sus errores, pero ella se muestra paciente y asertiva en su aprendizaje.

Cuando la noche extiende sus cortinas húmedas sobre los cuerpecitos de los ciervos más jóvenes la pradera es el edredón que con sus oropéndulas adormecidas y sus bastoncillos o damas de la noche los arrullan con su perfume.

6

El cielo del parque se llena una mañana de cirros que enmarañan la luz del valle. Los quietos remansos de tejos y endrinas parecen cobijar los candiles de nuestros cervatos que uno a uno regresan al lugar donde se asienta la manada. Miriel, al rodear los pequeños bloques de la abadía, percibe una presencia que la ha atormentado desde pequeña.

Decididamente inquieta, mientras los cirros comienzan su descarga emborronando el sendero que las había traído de vuelta y el mullido prado donde se había acogido la manada, pide a sus crías que la esperen mientras ella se interna dando un rodeo al formidable castillo. Para ese momento el olor de la sangre y de la muerte se desprende de cada matorral, de cada golpeteo del viento y agua herida que la sacude leve, de la misma penumbra que apenas murmura hoy con el habitual sonido de lechuzas.

Cuando llega al lecho del Lough Leane donde al anochecer se aposenta la manada, parece que los fantasmas de sus seres queridos se han sumado a los fantasmas propios del castillo como último baluarte en la guerra de clanes, es consciente de que todos sus seres queridos han muerto. Lyaira, su madre adoptiva, yace hiriendo arbustos y explanada con abundante sangre. Los ciervos machos muestran en sus cuerpos, dotados tan magníficamente con sus cuernos, el mayor número de heridas y violencia al haber presentado oposición a la manada de zorros rojos violentos que les ha atacado mortalmente.

Miriel corre a galope, huyendo del presente y del pasado que hunde en su piel y músculos la garra del dolor. Sus patas se desploman en tierra esperando que la muerte, ese olor inconfundible, la alcance a ella

también. Keithla, que ama con especial intensidad a aquella cierva, la acaricia de nuevo con cada latido de sus cervatos y nuestra Miriel vuelve a aquel refugio de tocones y endrinas, donde han quedado resguardados los cervatos, lamiéndolos con fuerza y hociqueándolos enérgicamente para levantarlos ya que presiente la presencia de aquella temible presencia del pasado muy próxima.

Las garzas resuenan, arracimadas en la lluvia y ventolera, con sus enormes graznidos una y otra vez. "Huid, huid, huid". El viento susurra entre las ramas el nombre de Fenris el zorro. En las prisas por esconder a los cervatos, mi pequeño rayo de luz, Miriel se lastima gravemente una pata que inmediatamente alza. El dolor la desencaja sin importarle. Madre y alma corre con sus crías a favor del viento borrando el rastro que pueda conducir a la herida roja, Fenris, hambrienta de sangre. Con toda la urgencia que le permite el dolor y las tres patas, guía a los cervatos dirección arriba, dejando atrás hayas, fresnos, tejos y avellanos... Un viejo tocón la hace casi caer agotada arrojada inmediatamente por los hocicos y patas gráciles de sus cervatillos. Propulsada hacia arriba reconoce el mirador adonde Keithla sentía sus patillas propulsarse arrojado por sauces y arbustos que derraman la ternura desatada de mamá naturaleza como el anochecer en que ella llegó a la vida. Un racimo de digitales la conduce a ellas y a los cervatos a un bosquecillo abrigado por los tejos y endrinas donde piensa dejar a los cervatos. Uno a uno susurra el nombre de cada uno de ellos con cariño, con una calidez como la tuya, mi fiel compañera, Hierba húmeda, Rayo verde, Silbido ululante...; mastica suavemente bayas de tejo que luego les da a cada uno de ellos para dejarlos dormidos y las coloca una a una de forma que no las delate el viento ni las hiera el frío de la noche. Al despedirse, les entrega una parte de su espíritu que les promete que les seguirá estén donde estén.

Con una rama que había impregnado de la sangre de su madre adoptiva, Lyaira, y que había mantenido en su hocico, deja rastro de sangre en ramas, hojas y arbustos para que el zorro Fenris la huela y persiga, dirigiéndolo al mirador donde su madre la llevaba una y otra vez y respirando entrecortadamente a la espera.

7

El zorro Fenris, más envejecido, lleno del lecho blanco que espumea en el Lough Leane al atardecer, encuentra a la cierva Miriel. Tan sólo tiene unos segundos para asombrarse interiormente de la semejanza con su madre, aquella que le hizo frente hace uffffffff... Inmediatamente y con la confianza que da la experiencia se lanza hacia ella sin percatarse de que la lluvia y la sangre de cierva que ha estado olisqueando, incluso lamiendo, para seguir a la cierva estaba impregnada del zumo tóxico de tejo que produce que el corazón bombee frenéticamente hasta dejarlo caído allí frente a

una Miriel emborronada por la lluvia...

Las campanas de Santa María, espoleadas por el candor de los franciscanos, resuenan por la estación de Chill Airne, por las calles tejidas de casas cuyos tejados se cubren con la corteza del tejo; se dirigen hacia esa belleza donde el sol musita sus primeras plegarias que constituye el Lough Leane, rodean el castillo Ross y las ruinas de la abadía Innisfallen y alborozando leve a su paso el piar de zancudas, zorzales y pinzones se dirigen húmedo el ascenso a un terreno próximo al mirador recubierto por hayedos donde unos cervatos se acurrucan junto a una cierva adulta que aún estremecido su corazón dormita plácida. Las rosas de los digitales llorando copiosamente de rocío al saludar el nuevo día...